

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LX —

CASIMIRO DE LA BARRA (Seud. de CLIMACO SOTO BORDA). (1870-1919)—*Siluetas parlamentarias*—Congreso nacional de 1896. Corregidas y aumentadas. 13 x 19 ctms. XXI-161 págs. Imprenta de *La Luz*, calle 14, número 70. Bogotá (Colombia), 1897.

Clímaco Soto Borda, que popularizó en su día el seudónimo *Casimiro de la Barra*, nació en Bogotá, el 22 de febrero de 1870, y murió el 18 de agosto de 1919, en la misma ciudad.

Luis María Mora en su sabroso ensayo *Los contertulios de La Gruta Simbólica*, Vol. 53 de la Selección Samper Ortega), trazó de paso un exquisito boceto biográfico de Soto Borda, adentrándose en la interpretación de las peculiares cualidades de su inteligencia y de su corazón, destacando la agudeza de su ingenio, su permanente buen humor, su temperamento festivo y zumbón, y al mismo tiempo melancólico y sentimental; la gracia y causticidad de su palabra, al par que la diafanidad y corrección de su castiza pluma, ya en sus crónicas periodísticas, ora en sus *Siluetas parlamentarias*, cuando en sus poesías serias y en las festivas y en su primorosa e intencionada novela, *Diana cazadora*, en donde se describe, al lado de caracteres humanos muy bien trazados, una de las más obscuras y tormentosas épocas de la vida nacional, entre las postrimerías del pasado siglo y los albores del presente.

Soto Borda, lo recuerda Mora, pasó buena parte de su niñez y de su adolescencia en los campos de Guatavita, residencia del famoso cacique en los años que precedieron a la conquista española. “Allí vivió Soto Borda —dice Mora— sin mayores cuidados vagueando a la continua y fue allí en donde aprendió a rasguear con singular maestría el tiple, el requinto y la bandola...”.

No es todo: hijo único, y póstumo por añadidura, creció en medio de exagerados mimos maternos, que deformaron su personalidad, haciéndola

inhábil para la lucha por la vida, sin la firmeza y buen temple que suelen tener los niños crecidos a la sombra de la rigidez paterna. "Vivió en todo el curso de su existencia —dice su biógrafo— como un niño mimado, y por eso mostróse siempre rebelde y voluntarioso. Lo que fue el párvulo hubo de ser el hombre, y jamás se vio persona alguna de hábitos más desordenados. Un reloj de bolsillo hubiera sido para él la más inútil y ociosa de todas las prendas...".

Soto Borda fue un magnífico autodidacta, que asimilaba con extraordinaria facilidad cuanto leía, haciendo suyas no solo las informaciones transmitidas a través de la palabra escrita, sino las más raras excelencias de lenguaje y estilo de sus autores predilectos. Pero sus conocimientos literarios no se circunscribían al ámbito de la literatura de lengua castellana, puesto que le eran familiares, según testimonio de sus contemporáneos, los mejores autores franceses y lusitanos.

Vida de bohemia y de apuros económicos la suya, no tuvo el poeta la serena dicha que proporciona el compartir la existencia con una mujer amada. Desde luego, debió de haber sentido la pasión amorosa, con la intensidad y el encanto que los poetas suelen, si bien todo se quedó, por desventura para él, en la región de lo irreal, de la fantasía y del ensueño. En algunas de sus poesías sentimentales, se advierte la sofrenada emoción melancólica que las evocaciones y saudades femeninas producen, sobre todo en almas como la suya, solitarias y desposeídas de la satisfacción que la compañía de la mujer proporciona...

Así en *Música lejana*, especie de remembranza dolorida, en versos de muy buena ley:

*Una fiesta... ¡una noche que fue todo un poema:
En nuestros corazones la enfermedad divina:
¡el amor! Y en las almas una emoción suprema.*

*Yo escuchaba la música de tu voz cristalina;
la luz de los salones una lluvia de besos
esparcía en tus labios y en tus ojos, en esos
ojos grandes que juntan la claridad del día
a las espesas sombras de las noches polares.*

*Dejamos los salones. Aún oigo los cantares
y los ecos alegres que el viento conducía
en sus alas ligeras... La tersa media luna
se mecía en los aires como argentada cuna.*

*¿Te acuerdas de esa noche?
¿Te acuerdas? Parecía
como hecha por los dioses para el amor... y era
sobre el rústico tronco, bajo la enredadera
de rosas que embalsaman el aire con su aliento.
Al través de las hojas, un tembloroso encaje
de luz tejió la luna a nuestros pies, y el viento
nos traía del bosque la música salvaje.*

*Arrullos en los nidos, aletear de palomas...
Despuntaba la aurora de nuestro amor, y había
en nuestras venas, llamas, en el ambiente aromas,
y alumbró nuestras almas el sol de la alegría...
¿Te acuerdas de esa noche?
Tienes que recordarla todavía...*

Sino adverso el del poeta, tanto más cruel y doloroso para él, cuanto era más fina su sensibilidad, más claro su talento. Empero, no dejó que la desesperación lo dominara y tuvo la discreta elegancia de sofrenar el impulso de sus quejas y poner sordina a las notas con que acompañó el análisis lírico de sus desventuras. Un elegante escepticismo pone pátina de buen gusto a este soneto, *En la caravana*, que pudiera decirse es su autobiografía, cristalizada en catorce versos:

*Abandonó, saciado hasta las heces,
"su viejo vaso y su taberna oscura",
y ve, sin entusiasmo y sin pavora,
la senda recorrida tantas veces.*

*Todo revuelto: triunfos y reveses,
pasión y engaño, ensueños y locura,
hambre y hartazgo, trono y sepultura;
laurel y ajeno, mirtos y cipreses.*

*Va en el tumulto mientras arda el foco
del Arte y el Amor, que hacen acaso
digna la vida de vivirse un poco.*

*Y aquí pisando espinas, allí alfombras,
sigue, sin mucho afán, y se abre paso
con sus sueños... camino de las sombras.*

Al par que poeta sentimental, Soto Borda dejó derramar a veces, en sus versos festivos, el agrio zumo de la ironía y aun del sarcasmo. En *El escándalo*, por ejemplo, fustiga a ese linaje de frailejones, llenos de hipocresía y de malicia, que todo lo ven a través del prisma obscuro y bilioso de su propia corrupción, condenando con inquisitorial rigor, los gestos más limpios, las acciones más inocentes y puras.

Pero el fuerte de Soto Borda estuvo quizá en el periodismo ágil y ameno, en la salerosa crónica, propicia para tratar, con ligero espíritu, los más diversos temas, despojándolos de la adustez que el viejo estilo periodístico solía imprimirles.

Colaboró en "El Rayo X", "Oriente", "La Crónica", "El Carnaval" y otros periódicos. Su iniciación literaria tuvo lugar en las columnas de "El Telegrama". Y producciones suyas honraron también las combativas páginas de "El Tío Juan".

Sus *Siluetas parlamentarias*, típica muestra de lo que eran sus crónicas periodísticas, son —en el ámbito periodístico— su mejor obra. Leyén-

dola se recuerda, por asociación de ideas, y como un remoto antecedente suyo, el clásico libro de Timon *Les Orateurs*, de la primera mitad del pasado siglo, que en la monumental edición parisiense de Pagnerre —Rue de Seine, 14 bis—hizo las delicias de nuestros abuelos. Claro que tiene fuentes inspiradoras más inmediatas, en lengua castellana, como el conocido, denso volumen de Francisco Cañamaque: *Los oradores de 1869*, que las librerías madrileñas de Victoriano Suárez y de Simón & Comp^a, divulgaron en más de una edición, y en donde aparecen, entre otros, chispeantes bocetos de Aparisi y Guijarro, Ayala, Cánovas del Castillo, Castelar, Echeegaray, Figueras, Manterola, Martos, Moret, Olózaga, Pí y Margall, Posada Herrera, Prim, Ríos Rosas, Rivero, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Serrano, etc.

Los españoles, oradores de por sí, por imperativo del sonoro, campanudo y rotundo idioma castellano, viven fascinados no solo por el espectáculo de los toros, sino también por el de las Cortes, del parlamento. Y han tenido, por lo mismo, excelentes cronistas parlamentarios, que siguieron, mejorándolas, las huellas de Cañamaque. Así Azorín, en su precioso libro *Parlamentarismo español*, escrito durante un lapso de tiempo que va entre 1904 y 1916, en cuyas páginas quedan, son sus palabras, siluetas de hombres que pasaron y esbozos de escenas solemnes o triviales. Al conjuro de este mago del lenguaje y del estilo, comparecen en ese libro Romero Robledo y Salmerón, Romanones y Villaverde, Maura y Soriano, Bellver y Vincenti, Dato y Morayta, Gómez Acebo y Melquíades Álvarez, López Muñoz y La Cierva, entre otros, ya sea que el cronista hable de las Cortes conservadoras de 1904 o de las liberales de 1905 y de 1916.

Más cerca a nosotros, a nuestra época, Wenceslao Fernández Flórez escribe, entre 1916 y 1931 las diversas series de sus *Acotaciones de un oyente*, que el gran novelista dedicó “Al maestro Azorín, genial creador de las crónicas parlamentarias en el periodismo español”.

Mil incidentes, graves y pintorescos, aparecen en estas páginas, descritos con el genial humorismo característico de la pluma de Fernández Flórez. Y también la estampa caricaturizada de parlamentarios como Pildain y Fernando de los Ríos, Ortega Gasset y Sáinz Rodríguez, Abadal y García Gallego, Ruiz Funes e Indalecio Prieto, Santiago Alba y Luis Companys, Besteiro y Sánchez Román, Victoria Kent y Clara Campoamor, Alcalá Zamora y Jiménez de Asúa, Gil Robles y Miguel Maura, Ossorio Gallardo y Sánchez Albornoz, Lerroux y Barnés, Azaña y Mardariaga, Unamuno y Juan March, Gabriel Alomar y Eduardo Berriobero, Francisco Maciá y Romanones, Luis de Zulueta y Rafael Guerra del Río, entre los más destacados.

Y en años posteriores, una de las figuras de más brillo en el parlamento español y en la política de su país, el ex-presidente de la república don Niceto Alcalá Zamora, entretiene los forzados ocios de su exilio, en tierras de América, en componer y dar a la estampa, en 1946, un hermoso libro, *La oratoria española. Figuras y rasgos*, en donde comparecen, los grandes oradores españoles contemporáneos, con las peculiaridades más típicas y destacadas de cada cual.

En Colombia, esta propensión literaria a caricaturizar figuras y figurones, particularmente de la fauna política, ha sido endémica. Lo hicieron, entre otros, Juan de Dios Uribe, en *El Microscopio: Sotas y bastos*; F. de P. Carrasquilla, en *Tipos de Bogotá*; y, principalmente, Joaquín Pablo Posada, en sus famosos *Camafeos*, o sean “Bosquejos de notabilidades colombianas en política, milicia, ciencias, artes, literatura; trápalas, malas mañas y otros defectos, bajo su triple aspecto físico, moral e intelectual”.

Las *Siluetas parlamentarias*, de Casimiro de la Barra, llevan un intencionado prólogo de *Reg*, seudónimo tras el cual se ocultaba el nombre de don Rafael Espinosa Guzmán, según el cual, “Las *Siluetas* son obra delicada, que revelan exquisito esfuerzo de observación inteligente, y que leerá con gusto, no tanto el literato pagado de la forma, cuanto el patriota que se interesa más por el fondo de las cosas y el objetivo moral a que se dirijan...” (Pág. X).

Por su parte, el propio autor, en el prólogo que a su obra puso, escrito el 28 de diciembre de 1896, explica el proceso de la composición de sus *Siluetas*, de esta manera:

“Preciso es averiguar de dónde arranca la vida pública de quien se trata de juzgar y aun de pintar; necesario es descubrir el nacimiento de la fuente que lo llevó a cima tan alta. No digo que lo haya logrado, me faltan datos, luces y fuerzas para obra de tamaño aliento; mas hay antecedentes, tales como los puestos que un honorable haya ocupado y que dan luz sobre su abolengo político, y hay rasgos que pueden dar idea de la fisonomía moral de un individuo, los cuales rasgos y antecedentes hablando con la elocuencia de los hechos, permiten deducir, con más o menos exactitud, si quien ocupa elevado puesto lo debe a burocrática influencia o a méritos propios, a fraudes eleccionarios o al querer popular, a la diosa casualidad o a leyes inmutables de mecánica política...”. (Pág. XIX). En fin, que las tales *Siluetas* no son otra cosa, al propio sentir del autor, que brochazos a la ligera, burla burlando, y sin más gracia que la que le prestan los originales.

El libro contiene cien *Siluetas* de parlamentarios colombianos de la legislatura de 1896, con dos adiciones: Gómez, el eterno portero de la Cámara, y Monroy, el portero del Senado de la República, quien le merece esta venenosa quarteta con la que termina la obra:

*Entre tanto consejero
como tiene la nación,
no hay en la corporación
más que un patricio: el portero...*

Entre las *Siluetas* esbozadas por Soto Borda en este libro, las hay de gente insignificante, de políticos que tuvieron nombradía en su época, para hundirse luego en el olvido, y de personajes de hondo calado en la vida nacional, a quienes la posteridad recuerda. Entre estos aparecen en las páginas de la obra que estamos comentando: Rafael Uribe Uribe, Carlos Calderón Reyes, Mariano Tanco, Rafael Torres Mariño, Fernando

Vélez, Juan B. Pérez y Soto, José Domingo Ospina Camacho, Próspero Márquez, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, Florentino Goenaga, Daniel J. Reyes, Alejandro Peña Solano, José V. Concha, Francisco J. Vergara y V., Carlos Cuervo Márquez, etc. Dos parlamentarios del sur de Colombia, Angel Martínez Segura y J. Clímaco Burbano, figuran también en este libro con sus respectivas siluetas, en las cuales, el capitalino Soto Borda abusó de la línea caricaturesca, al destacar más de la cuenta lo que a él le pareció el aspecto "provinciano" de los dos parlamentarios sureños. Sin embargo, les reconoce sus virtudes. De Martínez Segura escribe que: "a más de ilustrado y de sano criterio, resulta ser buen amigo del pueblo, de sencillez extrafina y hombre que sabe reconocer su error cuando en él ha estado...". (Pág. 89). Y de Burbano asegura que "sus discursos, bien pensados, revelan juicio". (Pág. 96).

Tiene aciertos singulares para describir, de mano maestra, lo más característico de determinados personajes. De Uribe Uribe dice:

"Fisonomía simpática; línea pura y actitud severa aunque suele moverse mucho, y a veces sacude ambas manos como si las tuviera humedecidas. Su voz fina y sonora, con un poquillo del dejo antioqueño, tiene todas las tonalidades, desde la grave con que hace desconcertadora interrupción, hasta el agudo grito, de timbre metálico, con que nos habla entusiasmado de Cuba libre y sus héroes homéricos, pasando su voz por el tono intermedio con que pide la palabra, o contesta a sangre fría una agresión, o cuenta intencionado chascarrillo...".

"A pesar de todo... es de sentirse que el doctor Uribe Uribe no esté más maduro. Procede como un hombre de veintidós años. Su fogosidad puede serle nociva. ¡Sería doloroso! hoy sobre todo, cuando la serenidad se impone en presencia del problema supremo que Colombia tiene al frente...". (Págs. 1-4).

De Pérez y Soto escribe:

"... Fue, volvió a ser, y es Senador. Y no reemplaza a casi nadie, al tío Núñez, ¡como quien dice prima al rey! Cuando está fuera de la cobija de la inmunidad, no suena ni trueno, pero ¡qué catonismo cuando está arrellenado en el *faunteil*! Entonces vibra. El, como ciertas cerillas de palo, no se enciende sino al frotarlo con la cajeta regeneradora, en cuyo resplandor está el fósforo, pero, una vez encendido, sería capaz de pegarle fuego a Troya, y quedarse fresco como hortaliza...". (Pág. 21).

De don Marco Fidel Suárez traza Soto Borda esta silueta, que quienes conocieron a don Marco en el parlamento, dicen que es acabada:

"Su fisonomía es severa, sus facciones echadas a la cara en lamentable desorden, y su frente ancha y exangüe, que revela al hombre de estudio; habla con el dejo particular de los hijos de la montaña —es antioqueño—; tiene mirada torva y mímica que nada dice. Su voz, puesta en tono de capilla, va como por sobre rieles, sin tropiezos, cambios ni descarrilamientos, como sucede, verbigracia, a los tranvías y a tantos honorables, que se dan en sus oraciones las siete caídas... muchos para no volver a levantarse.

“Item más: don Marco Fidel, hombre maduro, es sereno en sus discursos y no lleva, como otros, de cuyos nombres no quiero acordarme, no lleva a toda hora el carcaj de la recriminación atestado de flechas. Por eso el doctor Uribe, a usanza de antiguos caballeros, lo escogió entre los sesenta, para medir con él sus armas en lid franca. Si acertó o no acertó en su elección el representante liberal, lo dirán los *Anales de la Cámara* y Dios, fuente suprema de toda autoridad...

“Hierve en él la pasión política a la manera que en el pecho de un poeta chirle, la pasión amorosa: como puchero a todo vapor.

En medio de sus ironías y floripondios aparentemente inofensivos, es implacable:

“Miren que ser autor, auxiliador, cómplice y defensor del delito de mutilación de nuestro territorio; pedir a gritos el exterminio de una de las fuerzas vivas de la nación —el liberalismo—; tratar de oponerse como un muro a la libertad de la hermosa Cuba; odiar tanto; cerrar los ojos a toda luz, y por último declarar que no le importa un comino la opinión pública, forman un catálogo de errores que envidiaría Satanás para perder el mundo...”. (Págs. 45 y sgtes.).

Por último, como otra muestra de lenguaje, estilo y procedimientos de Soto Borda en sus *Siluetas parlamentarias*, recordemos muy cortos fragmentos de la que se refiere a Guillermo Valencia: nos parece que de todo el libro es, con la de Uribe Uribe, una de las más cabales:

“Delgado, ni alto ni bajo; pálido, de palidez de cera; cabello en ondas; ligero bozo obscuro, con las guías retorcidas; negros ojos, inquietos, de mirada escudriñadora y penetrante, nariz fina, labios apretados, manos perfiladas y blancas, de persona bien nacida; continente, si nada marcial, distinguido, y movimientos nerviosos.

“Con voz un tanto hueca y temblorosa, de tinte sonoro, colocado correctamente y apoyando sus dedos índices de alambre sobre el pupitre, echa a vuelo sus discursos, meditados todos, todos bien cortados, y haciendo relucir en ellos las prendas que lo distinguen, cuales son su instrucción sólida, su prodigiosa memoria, su recto juicio, su criterio sano, su visión perspicua, su espíritu altivo, alejado de las rancias preocupaciones de su escuela y de toda idea de exterminio, y aquella moderación exquisita, que hace que nunca se le oiga una frase hiriente, ni un concepto que choque con la buena educación parlamentaria.

“Salpicadas van de citas sus oraciones (memoria y erudición), y si bien es verdad que al principio se excedió en aquello y brotaron sus labios muchos nombres de personajes de Francia, Roma y Grecia, no es menos cierto que él pasó a convencerse de que la oratoria moderna, ni tiene esa forma, ni en ella se usa declamar, y que luego razonó fino, fascinó por el concepto y por la dicción, mostrando con ello que, aunque todavía no es un orador de vuelo, hay en él el germen fecundo de un verdadero tribuno.

“Ha dado en la Cámara notas muy altas. En la famosa proposición de simpatía a los patriotas cubanos, unido al señor Rufino Cuervo Márquez,

acompañó al doctor Uribe Uribe, y supo dar el *sí sostenido de pecho...* de un pecho en que palpita un corazón joven, amigo de la libertad santa...

“Querer y admirar a Guillermo Valencia no es gracia: sería una hiena quien, después de tratarlo, no lo quisiera, y algo como un tonto o un obcecado quien, después de estudiarlo, no lo admire...”. (Págs. 82 y sgtes.).

Algunas de las *Siluetas* de Soto Borda son desconcertantes. Su humorismo y su sarcasmo, fulminan. La del general Marceliano Vargas es una página en blanco, y una intencionada cita del Apocalipsis: “...Sella las cosas que han hablado los siete truenos, y no las escribas”.

La de Carlos Muñoz se reduce a nueve palabras: “Cero mata cero, decía un indio metido a matemático”.

La de Florentino Goenaga tiene como epígrafe estos versos:

*Todo está mudo: el mar, la tierra, el cielo,
la noche, el aura, el bosque, el ave, el sol;
mudos esos durmientes de las Cámaras
mudo don Florentino y mudo yo...*

Libro lleno de humor, de chispa, de gracejo, de sal ática, con tal cual grumo de sal gorda, de causticidad disolvente, que es auténtico reflejo y testimonio de una época de nuestra historia nacional, de una nueva modalidad periodística, y que hoy constituye una rareza bibliográfica.